

Editorial

Cómo citar: Useche-Aldana, O. (2023). Economías noviolentas y economía de Francisco: claves en la emergencia de las transiciones sociales. *Polisemia*, 19 (35), 01-05. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.19.35.2023.01-05>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 2 de junio de 2023

Aceptado: 8 de junio de 2023

Publicado: 17 de junio de 2023

Oscar Useche-Aldana

Editorial

Economías noviolentas y economía de Francisco: claves en la emergencia de las transiciones sociales

Las crisis sociales y políticas que hoy se multiplican en el planeta adquieren formas de guerras de exterminio, degradación ambiental y precarización de las condiciones para la sobrevivencia de millones de seres humanos sumidos en la pobreza y la desigualdad. Esto exige a la academia y a los actores que inciden en la toma de decisiones producir análisis profundos respecto de sus orígenes, así como de las fuerzas y poderes involucrados en ellas. Pero, igualmente y con carácter de urgencia, se requiere avizorar las salidas, los campos en los que se fraguan nuevas posibilidades de existencia y en donde se forja la esperanza.

A ello es a lo que denominamos transiciones sociales y, en el orden del día, hay que poner en primer plano el trabajo en su perfilamiento o diseño colectivo. Esta es la prioridad, pues no es suficiente contar con diagnósticos exhaustivos, sino atrevernos a leer las señales de los mundos que están surgiendo como fruto de la experimentación de comunidades que resisten a la guerra y a la desolación.

El sistema económico que ha sido hegemónico no está diseñado para dar respuesta a las demandas de los pobres y del común de la gente, pues se concentra en el incremento permanente de las ganancias de las grandes corporaciones y en agigantar su capacidad de reproducción de los privilegios de un sector minoritario de la sociedad, incluso a costa de la depredación del entorno natural y de miles de formas de vida que se han llevado al borde de la extinción.

El mundo humano, tal como está diseñado, se encuentra condenado al colapso si continuamos por ese camino. Eso lo dicen las voces de quienes se dedican a la ciencia, los movimientos sociales, los filósofos y las filósofas de muchas escuelas, las minorías étnicas y la academia, donde ahora este es un tópico de discusión cotidiana.

Las transiciones ya han comenzado. Hay que trazar puentes entre el mundo que se hunde y los nuevos mundos en emergencia. Los territorios de las transformaciones en curso apenas comienzan a divisarse; no hay modelos, ni respuestas prefiguradas. Sin duda, van a producirse grandes mutaciones en nuestras formas de existir. Muchos grupos están repensando

Oscar Useche-Aldana

Editor en jefe. Doctor en Paz Conflictos y Democracia, Universidad de Granada (España), Magíster en Investigación Social interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Economista, Universidad Autónoma de Colombia. Director del programa Soypaz de la Corporación Universitaria Minuto de Dios (UNIMINUTO).

Correo electrónico: ouseche@uniminuto.edu

ORCID: 0000-0001-8342-7015



y reinventando el modo de vida, las maneras en que se producen los bienes y servicios indispensables, las relaciones de intercambio y circulación, la función del dinero, la configuración del consumo, la transfiguración de nuestras relaciones con la naturaleza para que ella no siga ocupando el triste papel de reducirse a ser recursos para la acumulación del capital. De todo este mundo en ebullición se van configurando multitud de experiencias que podemos agrupar en la denominación de *economías noviolentas*.

Por supuesto, en el centro de toda esta conmoción en torno a la racionalidad económica, está el problema de la vida. ¿Son los modelos practicados en el largo período del capitalismo industrial —hoy devenido neoliberalismo cognitivo y financiero— aptos para afirmar la vida? O ¿dentro del resurgimiento y resignificación de las formas comunales de vida se encuentran algunas de las claves decisivas para resarcir el tejido de la vida en toda su diversidad y multiplicidad?

En el Instituto de Noviolencia y Acción Ciudadana por la Paz (Innovapaz), en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, en el Centro Rafael García-Herreros y en programas como el de Agroecología de UNIMINUTO, se comienzan a desarrollar proyectos de investigación y producción de conocimiento tocados por tales búsquedas. La preocupación de estos espacios académicos es la de cómo ayudar a crear las condiciones para que los procesos de producción de bienes y servicios, así como la creación de valor (es decir, lo que conocemos como el mundo de la economía) se cimenten en concepciones y prácticas que rebasen la economía del dinero y la especulación financiera, lo que implica, a su vez, resignificar los problemas relativos al bien común, la propiedad y la producción de valores de uso generados por las comunidades y a disposición de estas y de la reproducción de la vida en los territorios.

En un país como Colombia, el vínculo de estos problemas con la cuestión fundamental de la paz es notable. La paz, entendida como emergencia de nuevas territorialidades comunitarias y como proceso cultural enfocado en la creación de nichos para que la vida en plenitud sea posible, dibuja nuevos órdenes sociales y ecológicos que se abren paso resistiendo al orden de la guerra que ha implantado también economías letales y patológicas y regímenes de dominación y control sobre las distintas formas de vida existentes en los territorios.

Puesto que nos referimos a maneras de convivir (entre los seres humanos y entre estos y las demás especies vivas), se requiere un rediseño de las políticas públicas y de las relaciones comunitarias; lo cual quiere decir que es preciso reaprender la política. Las comunidades necesitan desplegar su fuerza, construir su autonomía, superar la dependencia de los poderes centrales, bien sea del paternalismo estatal o de la fuerza centrífuga de las grandes corporaciones y monopolios económicos.

Nada fácil es imaginar cómo surgen y se consolidan nuevos campos del poder comunitario, o cómo los ricos aprendizajes de la resistencia a la guerra se traducen en una potencia que proporciona a las comunidades



una visión de la realidad de los bienes comunes materiales y culturales con los que cuentan, así como de la capacidad de acción que es propia de las relaciones sociales profundas con las que es posible la construcción de una paz digna y sostenible.

La contribución al diseño de las transiciones sociales en marcha pasa por la crítica (entendida como la necesidad de creación de alternativas) al modelo económico vigente, atravesado por una noción del desarrollo y el progreso basados en la acumulación sin pausa del gran capital y de su cuota de ganancia. El capitalismo actual, que se pretende emancipado de los procesos humanos vitales (todo lo necesario para la vida de las personas), como si quisiera desentenderse de los largos ciclos naturales de ese prodigioso organismo vivo que es el planeta al que le inflige toda clase de heridas para alimentar los ciclos cortos de la reproducción ampliada del capital, el lucro y la renta.

El diseño transicional debe en cambio intentar descubrir lo nuevo que está involucrado en algo tan portentoso como el cotidiano tejido de la vida, que en muchos planos necesita ser sometido a procesos de acción sin daño para su curación y resurgimiento. Parte de ello, como lo demuestran los procesos de paz territorial, es desplegar la capacidad de creación de nuevos campos de lo posible, destinados no solamente a cicatrizar las ofensas que trajo la guerra, sino a propiciar aperturas en las dimensiones éticas y políticas situadas en el ámbito de la cultura.

En tal sentido, se busca delinear formas otras de existir y transformaciones de gran calado en las relaciones del sujeto consigo mismo que potencien el surgimiento de las subjetividades del cambio; en las relaciones con otros(as), mediante las cuales se rehaga el sujeto comunitario y de las relaciones con lo otro (el mundo, la naturaleza) y, por tanto, la comunidad de vida. Aprender a habitar de otras maneras los territorios del campo y la ciudad, a reintegrar a la humanidad con todo lo viviente, a relocalizar la economía y la producción de bienes y servicios, a respetar la diferencia y la multiplicidad, habilitando para ello una pluralidad de encuentros urdidos en las prácticas de resistencia comunitaria, así como en los caminos en los que puede darse el ejercicio activo de la ciudadanía del cuidado y la convivencia noviolenta.

Las experiencias pacifistas basadas en la noviolencia han resaltado como un principio la coherencia que debe haber entre medios y fines. Los objetivos que se propone esta visión de la recomunalización de la sociedad no pueden alcanzarse sin erradicar los instrumentos basados en la violencia física o simbólica, sea ella contra la comunidad humana o contra el conjunto de la comunidad de vida. La explotación del trabajo y el arrasamiento de los bienes naturales, el hambre, la segregación, el racismo, el militarismo, la misoginia, la homofobia y la xenofobia son violencias que impiden el resurgimiento de lo común; o sea, la apropiación y expansión de los bienes comunes y la reconciliación humana que nos den la oportunidad de reaprender el hermanamiento con el río y la montaña, con el mar, el sol, las estrellas, con la madre tierra y las especies no humanas.



La crisis de legitimidad y la desconfianza respecto a la rectitud y eficacia de las políticas de gobierno han disparado las violencias e incrementado la percepción de que hemos retornado a la “sociedad de naturaleza” de la que hablaba Thomas Hobbes, del todos contra todos, del individualismo cuya opción es el “sálvese quien pueda”, lo que a su vez ha acrecentado el clamor de muchos sectores agobiados por el miedo para que se fortalezca un leviatán autoritario y vengador. Pero también hemos experimentado el hecho de que la seguridad armada que ofrecen los Estados y los para-estados son ante todo formas de control abusivo de las poblaciones y los territorios.

Es hora de imaginar otras formas de seguridad, de aproximarnos siquiera a la idea de seguridad humana que han planteado las Naciones Unidas — esto es, a entenderla como una red de acciones integrales que incluyen la provisión de bienes básicos a toda la población y la garantía de la seguridad alimentaria— e ir más allá, hacia la construcción de ciudadanías del cuidado que pongan su acento en la protección de la vida. El diseño de sociedades cuidadoras que reivindiquen y hagan efectivos los derechos de todos y todas es un componente crucial para las transiciones a las que ahora nos abocamos.

Es ese marco, la revista *Polisemia* se suma a la urgencia de entablar un diálogo entre las distintas experiencias que abonan el campo de las economías noviolentas; esto es, aquellas que crean territorios aptos para la vida, que promueven la proliferación de manifestaciones de lo común, de lo colectivo, de la conciencia y las prácticas ecológicas. Desde la fuerza y sabiduría de tales experiencias, se están planteando nuevas formas de concebir y hacer realidad la producción económica, de reinventar el universo de lo social para dar paso a las transiciones sociales.

Parte sustancial de este diálogo es la propuesta del papa Francisco de retomar el legado de Francisco de Asís, de su dignificación de los pobres, de su humildad y confraternización con los animales y con el hermano Sol y la hermana Luna. La “economía de Francisco” nos habla de hacer un nuevo pacto “para cambiar la economía actual y dar un alma a la economía del mañana”. Convoca, especialmente a la juventud, a estudiar y practicar una economía diferente: “la que hace vivir y no mata, que incluye y no excluye, que humaniza y no deshumaniza, que cuida la creación y no la depreda”.

A lo que nos anima Francisco es a sentar las bases de una nueva economía y asumir la transformación cultural que ella implica, para hacer que la fraternidad y la equidad sean su horizonte, criticando y superando la economía que descarta a los débiles e institucionaliza la aporofobia u odio a los pobres.

Conforme al pensamiento del papa Francisco, es necesario que emerjan otras lógicas económicas y productivas ligadas a la aparición de estilos y modos de existencia llenos de sentidos profundos y capaces de desafiar la naturalización de la desigualdad, la exclusión y la devastación del planeta. Los modelos y pretendidas leyes económicas que justifican este curso desastroso no obedecen a una racionalidad irrefutable, sino a decisiones



políticas basadas en intereses particulares que, por lo tanto, pueden ser criticadas y cambiadas.

El encuentro entre la economía de Francisco y las economías no violentas es una potente herramienta para impulsar el diseño autónomo y creativo de las transiciones sociales que permitan encontrar salidas a la crisis de humanidad y civilización que afrontamos. *Polisemia* estará atenta a dar cuenta de los avances de estos debates y construcciones colectivas.

